

5 de febrero, 1984.

Querido amigo:

Por fin he terminado --en la medida en que algo se puede dar por terminado-- mis Fundamentos de filosofía, el título que doy a mi nueva versión de El ser y el sentido; espero que por lo menos los amigos y los buenos entendedores coloquen mentalmente 'mi' entre 'de' y 'filosofía'; en todo caso, esto es lo que en gran parte son. Mi intenso y continuado trabajo en esta obra en los últimos meses --con solo las interrupciones inevitables-- he retrasado la carta que le había prometido en una epístola anterior y durante nuestra última conversación telefónica.

Las páginas de Claudia, mi Claudia, que aun le faltaban (y cuya copia adjunto) no son, en efecto, esenciales --si bien para un autor cada página aparece como esencial-- para una comprensión de la obra. En todo caso, usted la ha comprendido como nadie, y hasta le ha agregado una interpretación, que desde este momento se incorpora a la obra, como una de sus "capas", y que incrementa su sentido: sí, en efecto, podría considerarse que el Observador es castigado por su actitud contemplativa en un mundo que solo entiende la acción a favor o en contra de algo, y específicamente de un estado de cosas bien establecido. Los agentes represivos entienden que se pueda estar en contra del poder, pero no entienden que se pueda reflexionar sobre el poder: por lo tanto, la reflexión se convierte automáticamente en delito.

Terminé la lectura del Libro de convocaciones; me siento orgulloso de que me haya dedicado usted una de sus mejores obras --acaso la más madura y penetrante--. Me pregunta usted qué "objecciones" tengo, pero la verdad es que en este caso no hay "objecciones", sino solo posibilidad de diálogo dentro del llamado "conflicto de interpretaciones". Y esto, la verdad, no puede hacerse en una carta, ni en una serie de ellas: requiere la presencia de los dialogantes. Con su libro en mano, podríamos ir pasando páginas, tomando ahora este tema y ahora otro, y hablar, como se dice, "largo y tendido". Sería no una crítica, sino un diálogo entre dos filosofías, que por lo demás andan por terrenos comunes o, para usar su metáfora, de una habitación a otra dentro de una ancha casa. No crea que lo que le digo es un modo de sus traerse al compromiso de comentarle su obra. Lo que ocurre es que su Libro es extraordinariamente rico en

*Eduardo, JR*

ideas y en sugerencias, y no se reduce fácilmente a esquemas de los que se pueda debatir su "verdad" o su "falsedad". Mientras leía el Libro, y releía alguna de sus partes --especialmente las páginas literalmente formidables sobre Kant, iba tomando alguna que otra nota, pero al final tuve que descartarlas, porque me dí cuenta de que lo que realmente importaba no era este o este otro "detalle", sino el conjunto. Su "Kant" agrega a Kant, y no tiene mucho sentido preguntarse si el propio Kant pensaba o no tal o cual cosa: pensárala o no (y lo digo a propósito de los reparos de Torretti), su "Kant" es ya, desde este momento, un ingrediente de Kant. Dicho sea de paso, lo mismo cabe decir acerca de los demás pensadores y escritores. Lo que ha hecho usted en su libro es demostrar cumplidamente que una gran obra (filosófica o artística) no está nunca del todo terminada. Pienso que lo importante del Libro de convocaciones es que ha "convocado" usted, efectivamente, a estos autores para hablar con ellos y hacerles ver lo que muchas veces ellos mismos no vieron --aunque, por descontentado, no podría hacerse esto de no haber en su pensamiento esta posibilidad de extenderse, no como deducción de una serie de principios, sino como exploración de territorios hollados, pero no desbrozados. Por tanto, lo único que realmente se puede hacer en serio con su Libro es tomarlo, hojearlo, detenerse en esta página, o en la otra, volver a la primera --cosas todas que solo el diálogo vivo permite--.

Al final de su carta de Diciembre insinúa usted la posibilidad de que aparezca usted por Villanova. Mucho me agradecería que esta posibilidad se cumpliera, porque, entre otras cosas, ello me ofrecería la oportunidad de tratar su Libro como merece. Por cierto que esto me hace pensar (de nuevo) en la deplorable situación de las valoraciones en nuestro mundo hispanico (y en otras, pero por ahora me limito al nuestro): se jalean en él obras de poco fuste, y a veces francamente deleznales, y se dejan en el silencio algunas que --como la suya-- merecerían atención destacada. La paja no deja ver el grano.

Hasta (espero) muy pronto, con un abrazo cordial de su amigo,

